

EL INTERÉS HACIA LA GUERRA CIVIL DURANTE LOS AÑOS DE LA TRANSICIÓN: LAS CLAVES GENERACIONALES DE SU MERCADO CULTURAL

Gonzalo Pasamar*

* Universidad de Zaragoza, España. Email: gpasamar@unizar.es

Recibido: 5 septiembre 2014 / Revisado: 6 febrero 2015 / Aceptado: 27 junio 2015 / Publicado: 15 octubre 2015

Resumen: El presente trabajo plantea la hipótesis de que el interés y la curiosidad por conocer el pasado reciente de España (la historia de la República, la Guerra Civil, el exilio y el franquismo), durante los años sesenta y setenta del siglo XX, habrían nacido asociados al surgimiento de una “postmemoria” de la Guerra: la de quienes siendo niños durante los años del conflicto y de la posguerra, solo conservaban de este vislumbres lejanos, elementos de memoria familiar y mensajes del franquismo, y deseaban un conocimiento fidedigno del mismo. Para tal análisis hemos examinado, primero, los cambios en la memoria de los españoles, acontecidos entre los años sesenta y comienzos de los ochenta, y después diversas manifestaciones culturales del período del tardofranquismo y la Transición, sobre todo el libro histórico y de testimonios, donde es posible detectar esa naciente curiosidad.

Palabras claves: Guerra Civil, Transición, memoria comunicativa, postmemoria, actividad cultural.

Abstract: In this work we shall suggest the hypothesis that interest and curiosity in the recent past of Spain (the history of the Republic, the Civil War, the exile, and the Francoism), during the 1960s and 1970s, would have revolved around the emergence of a “postmemory” of the Civil War: the one of those who, children during the years of the conflict and the postwar period, only kept

glimpses, family memory narratives, and messages from Francoism, but wished a faithful knowledge of it. To that purpose we have examined first the changes in memories of the Spanish people, taken place between the 1960s and the early 1980s, and then different cultural scenes, especially that of the historical and memory book, where that emergent curiosity might be detected.

Keywords: Civil War, Spanish Transition, communicative memory, postmemory, cultural activities.

INTRODUCCIÓN

El presente texto examina el impacto de la memoria colectiva de los españoles en el terreno de la cultura durante los años del tardofranquismo y la Transición¹. Defendemos aquí la hipótesis de que el cambio generacional y sus repercusiones en la memoria de la Guerra Civil fue el *principal factor estructural* responsable del surgimiento de la *curiosidad hacia el pasado reciente* de España (la historia de Segunda República, la Guerra, el exilio y el franquismo) durante los citados años. Esa curiosidad, aunque afectó a un amplio abanico de edades, estuvo asociada a una incipiente “postmemoria”; esto es, se reflejó en artefactos

¹ El texto forma parte de los resultados del Proyecto, “La memoria de la guerra civil española durante la transición a la democracia”. HAR2011-25154 (2012-14), dirigido por Gonzalo Pasamar.

y actividades culturales (catálogos editoriales, literatura, historia, películas, etc.) destinadas a cubrir el interés hacia el pasado reciente, las emociones y las expectativas de las generaciones jóvenes²; una señal de que la Guerra comenzaba a ingresar en la memoria cultural de los españoles. El tema tiene importancia también por otras razones adicionales que dejamos aquí apuntadas. En el terreno de los estudios historiográficos, contribuye a desentrañar cuáles son las raíces del mercado cultural y del moderno interés por la historia de la España contemporánea que se comenzó a desarrollar en los años del tardofranquismo y la Transición, incluido el interés científico propiamente; esto es, demuestra que el “paso” de la memoria a la historiografía, además de estar mediado por las convenciones y métodos de los historiadores, también lo está por fenómenos “metahistóricos” en los que toman parte aspectos como las expectativas de los lectores, la cultura histórica y las transformaciones de la memoria. En el campo de la historia política la presente hipótesis ayuda a dilucidar una de las paradojas de la memoria de la Transición: por qué durante esos años coexistieron una gran inquietud cultural hacia el tema de la Guerra y un relativo “silencio” sobre la misma en el terreno de la política.

1. MEMORIA COMUNICATIVA DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Durante la Transición las expectativas que levantó la recuperación de libertades entre los españoles provocaron una innegable aparición en la esfera pública de una diversidad de memorias evocadoras de la Guerra Civil acompañadas de un inusitado interés histórico en la misma³. Esta diversificación de los

recuerdos públicos e interés por el pasado no fueron, sin embargo, fenómenos súbitos y coyunturales, sino que respondieron a procesos más profundos de *afloramiento de determinadas memorias* y de *cambios de carácter generacional*.

En los años del franquismo el tema de la Guerra nunca fue un asunto histórico cualquiera ni sobre el que le estuviera dado el publicar a cualquier persona. Estuvo siempre sujeto a una estrecha vigilancia política puesto que su remembranza pública pertenecía a la esencia del propio régimen, quien había hecho de la exaltación del 18 de Julio de 1936, y de la llamada victoria, claves fundamentales de su discurso. Debido a esta situación y a la censura que la acompañó, hasta comienzos de los años setenta al menos, cualquier *recuerdo* o *relato* abiertamente *discrepante* respecto de esa memoria oficial se hubo de mover *casi siempre* en círculos reducidos cuyas posibilidades de publicidad o de acceso a la escena pública eran ciertamente limitadas: la familia, los amigos, los grupos clandestinos, los presos, los grupos vecinales, las actividades políticas y culturales estudiantiles, el libro clandestino y los catálogos de pequeñas editoriales disidentes⁴. Si

Histórica (2007). Durante ese tiempo se suscitó un encendido debate, primero en el ámbito de los media y después en el académico, sobre si la Transición generó olvido de la Guerra Civil o no (véase, por ejemplo, Juliá, Santos, ed., *Memoria de la guerra civil y del franquismo*. Madrid, Taurus, Fundación Pablo Iglesias, 2006). El objetivo del proyecto de investigación arriba citado va más allá. No desea prolongar el debate sobre si hubo memoria u olvido, sino estudiar los escenarios memoriales y su alcance en los años del tardofranquismo y de la Transición. Entre las publicaciones derivadas de dicho Proyecto, véase Pasamar, Gonzalo (ed.), *Ha estallado la memoria. Las huellas de la Guerra civil en la transición a la democracia*. Madrid, Biblioteca Nueva, en prensa.

⁴ Hubo ciertas excepciones en el terreno de la literatura, que alcanzaron la categoría de bestsellers (infra), explicables por las contradicciones de los sistemas de censura que imperaron en España durante el período franquista. Un reciente análisis del proceso de elaboración de la Ley de Prensa e Imprenta de 1966 que subraya sus resultados no deseados, en Rojas Claros, Francisco, *Dirigismo cultural y disidencia editorial en España, 1962-1973*. Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2013, pp. 59-65.

² Somos conscientes de las ambigüedades y dificultades de aplicación de este concepto fuera de su ámbito originario. Para su formulación reciente, Hirsch, Marianne, *The Generation of Postmemory. Writing and Visual Culture after the Holocaust*. New York, Columbia University Press, 2012.

³ El tema de la memoria de la Guerra Civil durante la Transición, aunque cuenta con precedentes, como el clásico de Paloma Aguilar Fernández, *Memoria y olvido de la Guerra Civil española* (Madrid, Alianza, 1996), se activó sobre todo a mediados de la década pasada a raíz de la elaboración de la Ley de Memoria

formulamos esta premisa bajo lo que los especialistas llaman *memoria comunicativa*, puede decirse que, durante el período franquista, por debajo de la memoria oficial discurrió otra clase de recuerdo procedente de una variada gama de actividades y de grupos, pero a la que apenas le fue dado el expresarse públicamente, o halló innumerables obstáculos institucionales para hacerlo, o solo pudo aspirar a menciones tácitas o alusiones en el terreno intelectual⁵.

Sin embargo, la citada memoria comunicativa no se limitó a ser solo testimonio directo ni permaneció inalterable a lo largo de aquellos años. La segunda mitad de los cincuenta y sobre todo las décadas siguientes fueron testigos de cambios sociales y de mentalidad impulsados fundamentalmente por nuevas generaciones que afrontaron el recuerdo de la Guerra de modo creciente y sensiblemente diferente. Se calcula que durante la Transición el 70% de la población española se hallaba por debajo de los 40 años⁶, es decir, por aquel entonces el recuerdo adulto directo de la Guerra había sido sobrepasado con creces por otras clases de memoria comunicativa tales como la evocación de los años infantiles y jóvenes en contraste con el presente, y en general todo el recuerdo y conocimiento que provenía de la transmisión oral entre familiares, amigos, vecinos, etc., o bien por instrumentos culturales de

postmemoria como el libro y el cine. Dicho de otro modo, además de la memoria oficial recreadora del 18 de Julio y de la victoria —que se hallaba congelada en el callejero, ciertas lecturas escolares, el calendario de fiestas y determinados monumentos—, un número creciente de españoles disponían de otras memorias que traía consigo acercamientos al pasado más distanciados y cambiantes, y que pugnaba por salir a la esfera pública, y de soportes donde era patente una memoria cultural ajena al recuerdo oficial.

No es extraño, por lo tanto, que, a pesar de la censura, en los medios culturales y de opinión del tardofranquismo comenzase a aparecer una identidad generacional que se presentaba genéricamente aludiendo a “los que no hicimos la Guerra”. Esta identidad más que un simple reflejo de los cambios socio-económicos, era un componente de las transformaciones en el recuerdo que habían experimentado varias generaciones de españoles: por un lado, quienes vivieron la Guerra Civil como niños y conservaban vislumbres de la misma, y por otro, todos los nacidos de la posguerra en adelante, en especial aquellos quienes convivieron de niños con el modo en que los vencedores administraron la llamada victoria⁷.

2. LO QUE LAS ENCUESTAS CONSTATAN

No se dispone de muchas encuestas relacionadas con el recuerdo de los españoles durante los años del tardofranquismo y la Transición⁸. Sin embargo, las existentes no

⁵ Los expertos entienden por memoria comunicativa aquel recuerdo basado en cualquier círculo que hace posible la comunicación cotidiana (familia, círculo de trabajo, sindicato, asociación, grupo de amigos, vecinos, etc.). Dicho concepto abarca planteamientos tales como la tradición y comunicación oral, la memoria familiar y ciertos componentes de la llamada postmemoria. En su primera formulación, véase la caracterización de la memoria comunicativa que hace Assmann, Jan, “Collective Memory and Cultural Identity”, *New German Critique*, 65 (1995), pp.125-133.

⁶ Véase el dato en Coverdale, John F., *The Political Transformation of Spain after Franco*. Praeger, New York, 1979, p. 16; Aróstegui, Julio, “Traumas colectivos y memorias generacionales: el caso de la guerra civil”, en Julio Aróstegui y François Godicheau (eds.), *Guerra Civil Guerra Civil. Mito y memoria*. Madrid, Marcial Pons, 2006, p. 85, y Bernecker, Walther; Brinkmann, Sören, *Memorias divididas. Guerra Civil y franquismo en la sociedad y la política españolas, 1936-2008*. Madrid, Abada, 2009, p. 237.

⁷ Para el análisis político y electoral algunos estudios han distinguido, a la altura de 1978, la presencia de cinco generaciones: los nacidos antes de 1914; entre 1914 y 1923; entre 1923 y 1934; entre 1934 y 1943; entre 1944 y 1954 y entre 1954 y 1960 (*Informe sociológico sobre el cambio político en España, 1975-1981. IV Informe FOESSA*. Vol. 1. Madrid, Euramérica, 1981, pp. 597-598). Para nuestro propósito de análisis de la memoria social es posible simplificar esta clasificación y distinguir entre la generación que vivió la Guerra como adulto y las generaciones que la vivieron (junto con la posguerra) como niños.

⁸ Nos remitimos al texto de Pablo García Ruiz y Gonzalo Pasamar “Memoria y expectativas políticas: encuestas y estudios de opinión sobre el recuerdo de la Guerra Civil en los años de la Transición”, *Sistema* (en prensa). En él hacemos un análisis

dejan lugar a dudas de que aproximadamente desde finales de los años sesenta la opinión de los españoles sobre la Guerra Civil mostraba claras transformaciones, que incluían una cierta desmitificación, que se pueden resumir en los siguientes términos:

1) La Guerra se percibía como una *tragedia cercana* de la que se *hablaba poco* en los círculos familiares y de la que se tenía un *conocimiento insuficiente*.

2) A pesar de este silencio relativo, se consideraba que la Guerra proyectaba una *sombra sobre el presente* que se acompañaba de *preocupaciones* y de *temores sobre el futuro*, los cuales afectaban a varias generaciones, especialmente las correspondientes a los llamados “niños de la Guerra” y la posguerra.

3) Además de las emociones citadas, ciertos acontecimientos políticos relacionados con el final del franquismo y con los años de la Transición *despertaban* igualmente el citado recuerdo de la Guerra.

4) La Guerra se veía como una tragedia que *no podía volver a repetirse* y de hecho se ensalzaba el que las nuevas generaciones estuviesen en *condiciones* de desarrollar una *reconciliación*.

De las encuestas de la época del tardofranquismo merece la pena detenerse especialmente en el libro *Los que no hicimos la guerra* publicado en 1971 por el editor catalán Rafael Borràs Betriu⁹. Esta obra, objeto de significativos recortes por parte de la censura, era una pesquisa dirigida a intelectuales que, no obstante esta limitación, se puede considerar representativa a una escala más amplia. Tanto se trate de un título inventado por el autor para la ocasión como una expresión previamente acuñada, lo cierto es que no es infrecuente encontrar referencias a “los que no hicieron la Guerra” en la política y la cultura del período de la Transición.

exhaustivo de encuestas apoyado en testimonios y datos culturales.

⁹ Borràs Betriu, Rafael, *Los que no hicimos la guerra*. Barcelona, Nauta, 1971.

El libro era una ambiciosa iniciativa de un millón de pesetas, al decir del propio autor y editor, en la que se plasmaban los resultados de una encuesta realizada a 97 personas procedentes del campo de la creación artística, el periodismo, la universidad y la política (originariamente los entrevistados eran 112, pero la censura obligó a suprimir más de una docena). La lista de los encuestados incluía a poetas y novelistas, periodistas, editores y directores de periódicos y revistas culturales, músicos, guionistas, actores, arquitectos, médicos, abogados, profesores de universidad, sacerdotes y algunos cargos políticos (todos hombres salvo cuatro mujeres: la escritora Marta Portal, la editora Rosa Regàs, la periodista Carmen Alcalde y la también periodista y guionista, Pilar Miró). Con edades comprendidas entre los 25 y los 45 años a la altura de 1970, es decir, nacidos entre 1925 y 1945, su adscripción política iba desde falangistas hasta, como rezaba uno de los informes de censura del Ministerio de Información y Turismo, “personas no identificadas con el régimen”¹⁰.

Las preguntas, en número de siete, las mismas para todos y enviadas por escrito en forma de cuestionario abierto, planteaban cuestiones sobre la Guerra Civil bastante directas. Sus respuestas las defendió el editor frente al propio Ministerio alegando que “supone una evidente concienciación respecto a la necesidad de evitar a toda costa una nueva conciencia fraticida”¹¹.

3. LOS QUE NO HICIMOS LA GUERRA (1971). LAS PREGUNTAS DE LA ENCUESTA

1. ¿Cuál es el primer recuerdo –bien sea vivido o por tradición oral– que guarda Ud. de la guerra civil española?
2. ¿Cree Ud. que pudo evitarse la guerra? ¿Fue, por el contrario, inevitable? En cualquiera de ambos supuestos, ¿por qué?

¹⁰ Archivo General de la Administración. Cultura. Expedientes de censura de libros. Signatura 73/00663. Expediente 2384. Informe del expediente de consulta voluntaria.

¹¹ *Ibid.* 16 de julio de 1971. Carta de Rafael Borràs Betriu a Enrique Thomas de Carranza.

3. ¿Considera Ud. la guerra civil como un hecho “vivo” aún, o cree que pertenece ya al museo de los recuerdos históricos?
4. ¿Se siente Ud. “heredero” de alguno de los dos bandos enfrentados en la lucha?
5. ¿En qué medida la guerra civil ha condicionado su vida y sus quehaceres profesionales?
6. ¿Cree Ud. que el orden cosas nacido como consecuencia del 18 de Julio de 1936 –o si se prefiere, del 1 de abril de 1939– es irreversible? Es decir, ¿el futuro español seguirá desarrollándose, evolucionando, partiendo de esas fechas, o bien se iniciará desde cero cerrando un paréntesis que, en tal supuesto, las mismas habrían abierto?
7. ¿Cree posible en España una nueva contienda fratricida? ¿Qué supuestos deberían cumplirse, ante tal eventualidad para evitarla?

Ante todo debe observarse que, dados sus destinatarios –gentes relacionadas con el trabajo artístico e intelectual–, las aludidas respuestas tienen dos rasgos que deben ser descontados a la hora de considerarla extrapolable fuera de dicho ámbito: la primera es que los interrogados introducen en algunas de sus respuestas la reflexión filosófica e historiográfica, esto es, combinan la memoria con la historia y por lo tanto suman un componente de reflexión intelectual acorde con su identidad como tales intelectuales; la segunda es que su auto-ubicación generacional es tan acusada que, además de factores relacionados con la edad y el cambio socio-económico acontecido en España, sus respuestas transmiten, igualmente a través de esta vía, el componente de identidad intelectual antes citado¹².

¿Cómo se refleja el *cambio en la memoria* en la citada encuesta? De las siete preguntas formuladas vamos a excluir del siguiente

¹² Durante el franquismo, la idea de generación como alusión al papel de los intelectuales en el pasado reciente y en el presente estaba bastante extendida en el ámbito cultural. Además de a través de la obra de Ortega y Gasset, dicha idea fue divulgada por seguidores del mismo tan variados como Pedro Laín Entralgo, Julián Marías y José Antonio Maravall.

comentario la sexta por considerar sus respuestas como las más efímeras de todas¹³.

La primera de ella, una invitación a invocar las imágenes de época infantil, muestra la importancia que tuvo el recuerdo traumático, el entorno familiar y la comunicación oral durante la Guerra y la posguerra. La coincidencia en las respuestas, que no presentan apenas reflexiones intelectuales, es muy alta: casi todos los encuestados, desde quienes tenían once años al estallar la Guerra hasta quienes nacieron después de ella y lo que recordaban era la posguerra, conservaban imágenes relativamente vívidas relacionadas con bombardeos, tiroteos, incendios, asesinatos, ruinas, escombros, cementerios, milicianos, soldados, “moros”, personas enlutadas, hambre y, para los años de posguerra, presos y colas interminables para recoger alimentos. Estos recuerdos, claros aunque crecientemente “confusos” cuanto más infantiles –admiten los autores–, habitualmente se hallaban relacionados en un número muy alto con la propia familia, con amigos de la misma y con las peripecias personales de algunos de sus miembros (reclutamientos, muertes, exilio, etc.). En gran número, dichos recuerdos expresaban emociones de carácter traumático: sentimientos de impotencia, terror, estremecimiento, susto y angustia. En los menos, simple expectación e incluso recuerdos divertidos donde intervenían la imaginación y el juego.

Las respuestas a la segunda pregunta (la Guerra evitable o no) lo que muestran es cómo la teoría de la inevitabilidad de la Guerra, que formó parte de los mitos de la memoria oficial¹⁴, se había desgastado a finales de los años sesenta, dando lugar a un interesante elemento de postmemoria. Aquí la opinión se

¹³ En la pregunta número seis se solicitaba de los encuestados una valoración sobre el significado del franquismo y sus perspectivas de futuro. A partir de 1974 aproximadamente, dichas perspectivas comenzaron a cambiar cuando empezaron a formularse las hipótesis de lo que iba a ocurrir tras la muerte de Franco (continuidad; “apertura” y después reforma; ruptura, ruptura-pactada).

¹⁴ Véase el análisis de Reig Tapia, Alberto, entre otras obras, en *La cruzada de 1936. Mito y memoria*. Madrid, Alianza, 2006, pp. 75-114.

hallaba bastante dispersa: de los 97 encuestados, un 36'8% la consideraba inevitable, un 31'04% decía que se pudo evitar y un 15'52% no respondía a la pregunta porque la juzgaba mal planteada o porque alegaba que no vivió los tiempos previos a la Guerra (solo en un 10'67% de los casos no queda clara la respuesta). Ha de subrayarse que no todos los que consideraban que la Guerra fue inevitable lo hacían por las mismas razones: los había incluso quienes manejaban reflexiones de carácter teórico y apelaban a razones de carácter estructural, esto es, introducían argumentos generales que, en la mayoría de los casos en los que se argumentaba de ese modo, procedían de la teoría marxista.

Las respuestas a la tercera pregunta (la Guerra, un "hecho vivo") reflejan mayoritariamente la opinión de que la Guerra Civil no podía considerarse un simple hecho del pasado sino que seguía teniendo "influencia" a la altura de 1970: un 50'51% lo veía como un fenómeno que proyectaba su sombra sobre el presente; un 19'58%, ambas cosas (de estos, una mayoría creía que era un hecho pasado para las nuevas generaciones pero que seguía siendo vivo para quienes lo vivieron); un 7'2% que ni una cosa ni la otra. Solo un 15'52 % aseguraba que era un hecho definitivamente pasado.

Los resultados de la pregunta número cuatro son a su vez otro claro componente de postmemoria: un 42'26% aseguraba no sentirse "heredero" de ninguno de los dos bandos (se daban incluso casos de falangistas que tomaban esta postura); el 13'40%, de ambos, y el 16'49%, de los vencidos (la mayoría de los cuales lo declaraba abiertamente). Daban una respuesta ambigua el 21'64%.

Las respuestas correspondientes a la quinta pregunta reflejan igualmente una notable identidad generacional relacionada con el surgimiento de una postmemoria: el 68'04% aseguraba que la Guerra Civil de alguna manera había condicionado su vida y sus quehaceres profesionales, y de estos, un 14'4%, que había condicionado "a toda la generación". Solo un 12'61% aseguraba que no le había condicionado (un 5'82 % no lo sabía o lo consideraba difícil de precisar, y un 10'67% daba una respuesta confusa o ambigua).

Finalmente, la séptima pregunta (posibilidad de repetición de la Guerra en el presente) se caracteriza por respuestas que vuelven a reflejar elementos de "segunda generación": un 55'2% consideraba que no había ninguna posibilidad de repetición (de ellos un 14'55% afirmaba expresamente que la situación era distinta), y un 31'04% veía cierta posibilidad aunque a renglón seguido añadía que había que evitarlo a toda costa. Solo un 2'9% lo veía como muy probable o inevitable y un 6'79% no respondía o evitaba la respuesta.

Como puede observarse, la encuesta arroja algunas conclusiones interesantes en las que se observa el papel de la memoria comunicativa, con recuerdos muy alejados de la narrativa oficial, y que apuntan sobre todo a un modo de recordar la Guerra al que se puede dar la denominación de postmemoria:

En su mayoría los entrevistados conservaban recuerdos vivos, aunque "mal comprendidos entonces", de la Guerra y la posguerra, recuerdos que asociaban a sentimientos negativos ligados a su vez a imágenes y a vicisitudes y peripecias de la familia y de amigos de esta. Un número bastante alto aunque no mayoritario consideraba que la Guerra fue inevitable y que les había condicionado vida y carrera. Sin embargo, la mayoría ya no se declaraban herederos de ningún bando. Un porcentaje mayoritario igualmente veía la Guerra como algo posible –posibilidad a la que había que temer o evitar, afirmaban– pero muy improbable de que se repitiera debido a las diferencias que separaban aquella época del presente.

Doce años más tarde, a punto de concluir la Transición o ya concluida, el semanario *Cambio 16* publicó, entre septiembre y octubre de 1983, otra encuesta que puede ayudar a completar las hipótesis planteadas sobre el cambio generacional y memorial. Esta vez la encuesta tenía un valor sociológico más general. Estaba realizada por el Instituto de la Opinión Pública Española-Estudios de Marketing (IOPE-ETMAR) a partir de una muestra de la población española de más de 18 años, de ambos sexos, de ámbito nacional. La serie se tituló *Especial Guerra Civil*, y los títulos

de las cuatro entregas, “El horror que no se olvida”, “Lo que queda del 36”, “Los testigos del horror” y “Ni vencedores ni vencidos”. Merece la pena, para completar este apartado, comentar algunas de sus respuestas, que complementan e incluso coinciden con las de Borràs, y observar cómo tales resultados todavía se pueden considerar con más propiedad elementos de la postmemoria de las generaciones de españoles que se presentaban como lo que “no hicieron la Guerra”¹⁵:

Un 59% de los entrevistados consideraba que la Guerra seguía siendo objeto de interés frente a un 39% que la consideraba olvidada (un 2% ofrecía un “no sabe, no contesta”)¹⁶, e incluso un 56% aseguraba que “todavía sobreviven muchos odios personales por causa de la Guerra Civil” (un 35% en cambio consideraba que esos odios habían desaparecido; un 8% no sabe, no contesta)¹⁷. Sin embargo, igualmente un 76% de los entrevistados consideraba que estaba mal informado sobre la misma y solo un 21% se consideraba “bien informado” (un 3% no sabe, no contesta)¹⁸.

En lo que a memoria comunicativa se refiere, la encuesta también era bastante explícita: a la pregunta sobre la frecuencia en que aparecía la referencia a la Guerra en conversaciones con familiares y amigos, un 69% afirmaba que casi nunca o nunca, y solo un 31% admitía que “a menudo o de vez en cuando”. De hecho, en la pregunta que venía a continuación, en la que se inquiría sobre las fuentes de información sobre la Guerra, y en la que se aceptaban varias respuestas, el porcentaje de quienes atribuían dicha información a medios culturales como libros, revistas, televisión, cine, universidad y

escuela (89%) se había colocado, aunque por poco margen, por encima de quienes lo atribuían a amigos y familiares (74 %) ¹⁹. Finalmente cabe destacar que, en el tema del “temor a una nueva guerra civil”, a la hora de referir qué acontecimiento cercano les hizo pensar más en dicha posibilidad, un 85% de los encuestados citaba el intento de golpe de estado del 23 de febrero de 1981²⁰.

Como puede observarse, la encuesta de 1983 todavía permite observar mejor la presencia de elementos de postmemoria: los españoles no habían olvidado la Guerra Civil y determinados acontecimientos especialmente graves se la habían “despertado”, pero la alusión explícita a la misma se había vuelto escasa en el terreno de la memoria comunicativa, no obstante el hecho de que esta última todavía conservaba un peso considerable. Los medios culturales de información parecían, en cambio, haber adquirido una importancia notable a pesar de que los españoles reconocían sentirse mal informados sobre el tema.

Cabe preguntarse si esta hipótesis sobre el proceso de afloramiento de la memoria comunicativa y el desarrollo de elementos de postmemoria tiene algo que ver con el “silencio relativo” que se observa en el terreno político en los años de la Transición. En nuestra opinión la tiene, pero la tiene siempre y cuando se admita igualmente que el citado silencio fue una actitud basada, paradójicamente, en una gran preocupación y curiosidad por el pasado. Esa preocupación se observa tanto en el proceso de afloramiento y transformación de la memoria comunicativa a través de las encuestas y la actividad cultural, como en la propia actividad del Ministerio de Cultura a partir de julio de 1977 –fecha en la que nace este organismo–, que no dudó en promover la recuperación actividades artísticas e intelectuales antifranquistas y obras de exiliados²¹. Los protagonistas políticos de la

¹⁵ A la pregunta de “¿Qué hizo usted durante la Guerra Civil?”, un 93% respondía que o no había nacido (56%), o tenía menos de 13 años (21%), o tenía 13 o más años y no combatió (16%). Solo un 7'4% aseguraba haber combatido con la República (4%), con Franco (3%) o con ambos (0'4%) (“Especial guerra civil. Los testigos del horror”, *Cambio* 16, 618, 3-10 de octubre de 1986, p. 76).

¹⁶ “Especial guerra civil. El horror que no se olvida”, *Cambio* 16, 616, 19-26 de septiembre de 1983, p. 60.

¹⁷ “Especial guerra civil. Ni vencedores ni vencidos”, *Cambio* 16, 619, 10 de octubre de 1983, p. 76.

¹⁸ “Especial guerra civil. El horror que no se olvida”, *op. cit.*, p. 60.

¹⁹ “Especial guerra civil. Los testigos del horror”, *op. cit.*, p. 78.

²⁰ “Especial guerra civil. Ni vencedores ni vencidos”, *op. cit.*, p. 77.

²¹ Eso sí, limándoles sus connotaciones o significados más críticos y rupturistas, y despolitizándolos. Véase Quaggio, Giulia, *La cultura en transición*.

Transición, quienes no eran ajenos al clima de ebullición cultural de la época, consideraron esencial la necesidad de dejar claro ante los electores que la situación de 1976 y 1977 era diferente de la 1936. Esta es la razón –además de la existencia de determinadas consideraciones electorales puntuales– que puede explicar la citada paradoja acaso. Dicha explicación, en la que no debe pasarse por alto la presencia de factores generacionales, puede ayudar a aclarar el porqué del relativo “olvido” de las víctimas del franquismo que se observa durante los años de la Transición y posteriormente.

4. LO QUE LA ACTIVIDAD CULTURAL SOBRE EL TEMA DE LA GUERRA DESCUBRE

A pesar de que los españoles se consideraban mal informados sobre la Guerra, ¿se puede sostener que la actividad cultural de los años del tardofranquismo y la Transición contribuyó a mejorar la imagen fragmentaria del conflicto que tenían dichos ciudadanos y ciudadanas y que reunía vislumbres de la niñez, memoria comunicativa e influencias del recuerdo oficial? Si se atiende a la actitud de los más importantes editores desde los años sesenta en adelante, de ciertos periódicos y de revistas de divulgación histórica del período de la Transición, así como de una variada prole intelectual formada por historiadores, profesores, literatos, periodistas y cineastas, e incluso políticos y exiliados que publicaron sus memorias, la respuesta ha de ser positiva. El tema de la Guerra, y otros a ella asociados como la República, el exilio y el franquismo, alcanzó un pico entre 1976 y 1978, cuando puede asegurarse, sin temor a exagerar, que pasó a convertirse en elemento de consumo de masas²². En esa actividad fue muy frecuente el considerar que se trataba de contribuir a que las nuevas generaciones se familiarizaran con un pasado mal conocido o que les había sido hurtado, con el objeto de encuadrar el significado de la nueva época que se vislumbraba.

En realidad, las encuestas antes comentadas, sobre todo la primera de ellas, no hacen sino confirmar un hecho que podía observarse en el mundo de la cultura y entre los intelectuales desde finales de los cincuenta, y que ciertos sectores del exilio –en particular el PCE con su política de reconciliación nacional– comenzaron a aceptar tempranamente para extraer las pertinentes consecuencias políticas²³: la creencia de que para las nuevas generaciones la estricta distinción política entre vencedores y vencidos iba cayendo lentamente en desuso y que el liderazgo de la lucha contra el franquismo estaba pasando en la práctica a la oposición del interior.

Resultan interesantes debido a la claridad de sus argumentos, por ejemplo, las colaboraciones que escribió Raúl Morodo entre 1964 y 1966 –entonces un joven intelectual del “grupo de Salamanca” que aglutinaba al profesor Enrique Tierno Galván–, en la revista neoyorkina que dirigía en el exilio Victoria Kent, *Ibérica*, firmadas bajo el seudónimo de Rogelio del Moral. En esos artículos, que dieron lugar a un interesante debate con algunos intelectuales expatriados, Morodo criticaba la postura de un sector importante del “exterior” (así como quienes defendían a los vencedores) por mantener una visión de la política basada en el recuerdo directo de la Guerra Civil; una aproximación que consistía –aseguraba el autor– en “prolongar el pasado en el presente”. Para Morodo dicha fórmula resultaba “obsoleta” y había perdido su “relevancia social” dado que la Guerra había concluido hacía 25 años y más del 60% de la población no sobrepasaba la edad de 45 a 50 años ni era lo suficientemente mayor como para tener experiencia de primera mano del conflicto. A ese respecto, Morodo invitaba al exilio a observar varios cambios que se habían producido en España: el primero consistía en que el franquismo de 1965 ya no era el mismo que el de 1939 sino que había pasado de ser un

Recuperación política y cultural en España, 1976-1986. Madrid, Alianza, 2014, pp. 203-264.

²² Una introducción a este tema en Juliá, Santos, “Memoria, historia y política de un pasado de guerra y dictadura, en Santos Juliá (ed.), *Memoria de la guerra civil y del franquismo*, op. cit., pp. 60-68.

²³ Sobre la llamada política de reconciliación nacional, véase, por ejemplo, Morán, Gregorio, *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985*. Barcelona, Planeta, 1986, pp. 276-280, y Molinero, Carme, “La política de reconciliación nacional. Su contenido durante el franquismo, su lectura durante la Transición”, *Ayer*, 66 (2007/2), pp. 201-225.

régimen fascista acorde con los fascismos europeos, a convertirse en un régimen de corte paternalista, tecnocrático y basado en un “neoliberalismo económico”; el segundo, que se había producido el desarrollo de una oposición clandestina democrática que se hallaba separada del exilio por diferencias de edad, generación y modos de vida; y finalmente, que esas nuevas generaciones no estaban preocupadas prioritariamente por la Guerra ni la forma de Estado, sino por las ideologías y sus contenidos así como por problemas concretos como el desarrollo económico y la consecución de garantías efectivas sobre los derechos políticos y civiles²⁴.

Como indicábamos, pese a las dificultades de la censura –o acaso aprovechando las posibilidades que ofrecía la Ley de Prensa e Imprenta de 1966– ciertas actividades culturales de los años sesenta en España ya se habían convertido en cauce para el afloramiento de un memoria comunicativa, cada vez más de segunda generación, donde lo que se observa es cómo se había extinguido el rasgo épico que los medios oficiales venían otorgando a la Guerra desde que esta tuvo lugar. No quiere decirse ni mucho menos que dicho rasgo hubiese desaparecido²⁵. Pero la literatura, sin duda por sus componentes de creación artística, pronto se convirtió en un vía para canalizar un cierto proceso de desmitificación. Esto se puede observar incluso en autores que lucharon en el bando vencedor,

como José María Gironella y Camilo José Cela. *Ha estallado la paz* de Gironella (1966), que alcanzó la categoría de bestseller, simpatizaba con los vencedores pero también deslizaba críticas al “clima de victoria”, a la arbitrariedad de los juicios sumarísimos y a la complicidad de la Iglesia católica en la represión de la posguerra²⁶. La obra solo fue aceptada por el Ministerio debido al éxito de las dos novelas anteriores de la misma serie (*Los cipreses creen en Dios* y *Un millón de muertos*, publicadas respectivamente en 1953 y 1961) y a que su autor había tenido la fortuna captar la atención de la editorial parisina Plon. Esta circunstancia, que permitió a Gironella publicar una versión en francés de cada una de las partes, también indujo a las autoridades franquistas a darles el plácet, preocupadas de que dichas obras fuesen utilizadas como propaganda contra el régimen. El asunto sentó precedente para otras novelas sobre la Guerra Civil²⁷. En cuando a *Vísperas, festividad y octava de San Camilo del año 1936 en Madrid*, de Cela (1969) –novela de la que se destaca su estructura de monólogo personal y desinhibición en temas de sexo–, su rasgo más notable a efectos de memoria es la distancia irónica hacia el pasado que refleja. A través de una red de personajes que pululan en el Madrid de julio de 1936 ignorantes de la suerte trágica –la muerte– que espera a la mayoría de ellos (serenos, funcionarios, escribientes y contables, vendedores ambulantes, taberneros, periodistas, esposas, estudiantes de familia rica, dueños de pequeños negocios, prostitutas, homosexuales, algún político, etc.), el autor recrea los más conocidos episodios trágicos de aquel mes, los asesinatos del teniente Castillo y de Calvo Sotelo, y los primeros días de la Guerra. Como se observa en el epílogo –que va dirigido a un “sobrino”– la novela tiene una pretensión de aleccionamiento de las jóvenes

²⁴ Moral, Gregorio del, “Interior and Exterior: an Examination of Conscience”, *Ibérica for a Free Spain*, vol. 12, 11 (15 November 1964), p. 4, e “Interior and Exterior: Replies to some Interlocutors in Exile”, *Ibid.*, vol. 13, 12 (15 December 1965), p. 5.

²⁵ Basta con recordar que todavía en 1969 se editaba el *Libro de España*, un texto de lecturas muy utilizado en las escuelas religiosas que se había comenzado a publicar en 1942 cuando fue adaptado a la narrativa histórica del franquismo. En este libro, que sirvió a dos generaciones de españoles para iniciarse en la lectura, aparece desplegada toda la iconografía franquista de la Guerra Civil: la defensa de los “requetés navarros”, la defensa de Belchite, la muerte de José Antonio Primo de Rivera, la defensa del Alto del León (Valladolid) con Onésimo Redondo, el asalto al Cuartel de la Montaña, el Alcázar de Toledo, etc. (*El libro de España*. Zaragoza, Editorial Luis Vives, 1969, respectivamente, pp. 56-57, 63-64, 146-147, 162-163, 190, 296-298).

²⁶ Gironella, José María, *Ha estallado la paz*. Novela. Barcelona, Planeta, 1966, pp. 105, 159-66, 325 (la versión en francés de los tres libros se publicó respectivamente en 1954, 1963 y 1968-69).

²⁷ Con motivo de la publicación de la novela de Luis Romero, *3 días de Julio* (Barcelona, Ariel, 1966), se emitió un largo informe en el Ministerio de Información y Turismo, que figura sin firma, en el que se hacía alusión a las razones que llevaron a autorizar la novela de Gironella (AGA. Cultura. Expedientes de censura de libros. Signatura 21/17667. Expediente 7160).

generaciones: el autor se muestra convencido de que la violencia es un peligroso componente de la historia de España y propone el cultivo de una serie de virtudes o estados de ánimo como el amor, incluyendo el sexo, la humildad y el optimismo hacia la vida²⁸.

De toda la literatura sobre la Guerra y la posguerra publicada durante el tardofranquismo, acaso la más tolerada fue la inspirada en testimonios infantiles y tradición familiar, una literatura que puede considerarse en cierto sentido de naturaleza postmemorial. La publicación temprana de novelas como la de Manuel García Viñó, *Nos matarán jugando* (1962), Luis de Castresana, *El otro árbol de Guernica* (1967), Juan Gomis, *Testigo de poca edad* (1968), o Luis Garrido, *Los niños que perdimos la guerra* (1970)²⁹, que no se libraron de los recortes de los censores, reflejaban un interés en rescatar testimonios infantiles y ponerlos en relación con la Guerra Civil. Su coincidencia con las respuestas a la primera de las preguntas del libro de Borràs es notable y, en algunos casos, no casual (es previsible que Borràs como escritor y editor conociese las citadas obras antes de iniciar la encuesta y, de hecho, los entrevistados hacen referencia a ellas). Dichas novelas lanzaban un mensaje trágico y aleccionador que subrayaba, como decía Luis Garrido, que “quienes eran niños en el año treinta y seis (...) perdieron la guerra fuese cual fuese la filiación política o el bando en el que militasen sus padres”³⁰. O como recordaba Juan Gomis: “la guerra llegaba, inevitablemente, al niño, y dejó en él heridas que contribuyeron a hacerle, años pasados,

decidido pacifista”³¹. Más tarde, en 1977, Teresa Pàmies, quien había retornado del exilio en 1974, publicaría en España la primera investigación sobre el tema sirviéndose de testimonios, documentos oficiales, revistas de época y tebeos, novelas e incluso tratados científicos. Entonces, dos meses antes de las elecciones generales de junio de 1977, el mensaje era todavía más claramente una invitación a la superación generacional de la Guerra: “Los hombres que hoy gobiernan España fueron, en su mayoría ‘niños de la guerra civil’. La misma edad tienen algunas de las personas que se coordinan en la llamada oposición. Esperemos para el bien de la España de hoy y de mañana, que los recuerdos de su infancia sirvan para evitar una nueva guerra civil, la peor de las guerras”, afirmaba la autora³².

Esa actualización de la imagen de la Guerra basada en un cierto ejercicio de distanciamiento y adaptación generacional todavía se produjo con más claridad en el libro histórico y de memorias, hasta el punto que podría sostenerse la hipótesis de que la moderna curiosidad por la historia contemporánea de España encuentra ahí sus raíces. Como escribieron en las solapas los editores de la colección Horas de España de la editorial Ariel, iniciada en 1966, “La colección se centra en temas del pasado inmediato, ya que este es sin duda el que más ha de interesar a nuestros lectores y también el menos conocido, por parte de las nuevas generaciones”. Dicha visión comenzó apareciendo en la segunda mitad de los sesenta y al filo los setenta en editoriales como Acervo, Gadiana, Nauta, San Martín, Zix, Cuadernos para el Diálogo y sobre todo Ariel, con la colección antes citada (Horas de España) que fue pionera en el moderno interés por la historia de la España contemporánea. La citada imagen procedió sin duda de sectores simpatizantes con la oposición antifranquista — los editores de Ariel eran, por ejemplo, simpatizantes del Partido Comunista³³—, pero

²⁸ Hemos manejado la edición *Vísperas, festividad y octava de San Camilo del año 1936 en Madrid*. Madrid, Alianza, 1982, pp. 325-334.

²⁹ Respectivamente, García Viñó, Manuel, *Nos matarán jugando*. Madrid, Eds. Cid, 1962, pp. 54, 59, 96-97, 153 y ss. (se trata de una novela escrita en clave intimista pero con claras referencias a la Guerra y sobre todo a la posguerra, cuyas páginas citamos); Castresana, Luis de, *El otro árbol de Guernica*. Bilbao, El Arenal, 1967; Gomis, Juan, *Testigo de poca edad, 1936-43*. Barcelona, Nova Terra, 1968; y Garrido, Luis, *Los niños que perdimos la guerra*. Madrid, Literoy, 1970. Hemos manejado la edición de Madrid, Vosa, 2003.

³⁰ *Ibid.*, p. 312.

³¹ Gomis, Juan, *Testigo de poca edad*, op. cit., p. 39.

³² Pàmies, Teresa, *Los niños de la guerra*. Barcelona, Bruguera, 1977, p. 95.

³³ Moret, Xavier, *Tiempo de editores. Historia de la edición en España, 1939-1975*. Barcelona, Destino, 2002, pp. 166-167.

también de disidentes del nacionalcatolicismo – ese es el origen en cierto modo de editoriales como Zix y Edicusa³⁴ – e incluso de simpatizantes del propio régimen, quienes extraían consecuencias de las adaptaciones de este. En 1968, por ejemplo, el periodista Bernardo Gil Mugarza, publicaba en Acervo un voluminoso reportaje fotográfico titulado *España en llamas, 1936*, cuyo objetivo era proporcionar una visión trágica de la Guerra, interés que justificaba porque “la España de los nacidos después de 1936 va en ascenso”, y ya la formaban más de diez millones: “serán ellos y los que les sigan en los próximos decenios quienes decidan el *signum historicum* del 18 de julio, separando lo válido de lo desmone-tarizado, lo permanente de lo caduco”³⁵.

Fue, no obstante, durante la Transición, a partir de 1973 aproximadamente, cuando numerosas editoriales se unieron a la citada tarea de actualizar los relatos de la Guerra y recabar la atención hacia la historia cercana. “Corren tiempos en los que existe una gran demanda por los libros que revisan nuestra historia más próxima” afirmaba el redactor de *El País* al dar cuenta de la presentación del libro de José Mario Armero, *España fue noticia*, a los pocos días de inaugurado este diario en mayo de 1976³⁶. Y es que la actualidad cultural del tema de la Guerra enseguida arrastró otros temas con él relacionados, como la República, el exilio, la memoria y la historia

de los partidos políticos del Frente Popular, el franquismo y la oposición al régimen, así como la obra de poetas exiliados o representantes de la memoria de los vencidos (Miguel Hernández, Rafael Alberti, etc.) e incluso poesía y cancioneros de los años la Guerra. Editoriales como Planeta, con su famosa colección Espejo de España, Akal, Ayuso, Bruguera, Dopesa, Fernando Torres, Fontamara, Forma, Gregorio del Toro, Grijalbo, Hispamerca, Júcar, Laia, Ediciones 99, Martínez Roca, Personas, Península, Sagitario, Sedmay, Taurus, Ediciones de la Torre, Tres i Cuatre, Turner y Tusquets, fueron acaso las más insistentes de una lista todavía más larga³⁷.

En algunas de las citadas editoriales se publicaron igualmente las obras de los principales hispanistas, cuyos textos constituyeron durante los sesenta y setenta la historiografía de la República y la Guerra Civil por excelencia, una bibliografía escrita desde un punto de vista externo que iba desde una cierta neutralidad hasta una clara simpatía hacia los vencidos. Ariel se convirtió en la editorial que dedicó una atención más sostenida a dichos autores: abrió el fuego en 1969 con Raymond Carr, cuya *España, 1808-1939* concluía con un capítulo sobre la Segunda República y un epílogo sobre la Guerra, a Edward Malefakis, con *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX* (1970), y a Stanley Payne, con *La revolución española* (1971), en medio de las cuales editó las versiones en catalán y español de *Homage to Catalonia*, de George Orwell. Pero la obra hispanista por excelencia, *La Guerra Civil española* de Hugh Thomas, la publicaría en España el editor Joan Grijalbo, aunque tuvo que esperar a finales de 1976 debido a la censura y al veto que le había impuesto el propio Franco³⁸. Durante la Transición se unirían a esta labor de dar a conocer a esos historiadores otras editoriales como Júcar y Crítica e incluso diarios y

³⁴ Rojas Claros, Francisco, *Dirigismo cultural, op. cit.*, pp. 74-8. Además, Berzal de la Rosa, E., *Sotanas rebeldes. Contribución cristiana a la transición democrática*. Valladolid, Diputación Provincial de Valladolid, 2007, pp. 52-59; Araus Segura, M. M., “Editorial ZIX. S.A.: editorial obrera frente al franquismo”, en *El franquismo: el régimen y la oposición. Actas de las IV Jornadas sobre Castilla-La Mancha sobre investigación en archivos. Guadalajara 9-12 noviembre 1999*. Guadalajara, ANABAD, 1999, vol. 2, pp.1001-1016; y Muñoz Soro, Javier, *Cuadernos para el Diálogo (1963-1976). Una historia cultural del segundo franquismo*. Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 57-58.

³⁵ Gil Mugarza, Bernardo, *España en llamas, 1936*. Barcelona, Acervo, 1968, p. 6.

³⁶ Harguindey, Ángel S., “La guerra civil vista por los corresponsales extranjeros”, *El País*, 13 de mayo de 1976. Los datos del libro son los siguientes: *España fue noticia, Corresponsales extranjeros de la guerra civil española*. Madrid, Sedmay, 1976.

³⁷ Un estudio de las principales colecciones históricas y de memorias en Pasamar, Gonzalo, “El recuerdo de la guerra civil española durante la Transición: los editores y las colecciones históricas y de memorias”, *Historia Social*, 77 (2013), pp. 49-67.

³⁸ Las vicisitudes de esta publicación están analizadas en Pasamar, Gonzalo, “El recuerdo de la guerra civil...”, *op. cit.*, p. 56, y Rojas Claros, Francisco, *Dirigismo cultural, op. cit.*, pp. 257-162.

magazines de ámbito nacional. Gerald Brenan y John F. Coverdale, por ejemplo, colaboraron en *El País* con varios artículos de comentario de varios episodios de la Guerra Civil al poco de iniciarse la publicación de este diario³⁹, y revistas de divulgación histórica como *Tiempo de Historia* (1974-82), *Historia 16* (fundada en 1976) y *Nueva Historia* (fundada en 1977) puede decirse que nacieron pivotando en cierto modo en los temas de la Segunda República y la Guerra, en los cuales veían un referente del proceso de transición política.

Junto a los hispanistas, en los años de la Transición sobre todo, las citadas editoriales atrajeron a toda una prole de autores, tanto franquistas como disidentes de franquismo y exiliados, los cuales, descubridores tardíos del gusto por la historiografía la Guerra y dedicados al periodismo y a la literatura, combinaron pesquisa con testimonio y experiencia de primera mano del conflicto –los había ex-combatientes de ambos bandos y militares que combatieron con Franco–, e incluso llegaron a publicar sus memorias. La nómina incluía a un buen número de gentes de la “generación de la Guerra”⁴⁰: franquistas y ex-franquistas como José María Fontana Tarrats, Ramón Salas Larrazábal, Luis Romero, José Luis Alcofar Nassaes y Ramón Garriga, o transterrados del lado republicano como Diego Abad de Santillán, Teresa Pàmies, Manuel Cruells Pifarré, Juan Gómez Casas, Eduardo Pons Prades, José Peirats, Manuel Buenacasa y Víctor Alba.

En esta labor editorial, el rescate de “vieja memoria” fue igualmente un elemento esencial. Su aportación directa al estudio historiográfico, en tanto exponente de la llamada “historia oral”, solo se dio en un único

caso: el famoso *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros*, del historiador británico Ronald Fraser, cuya traducción dio a las prensas en 1979 editorial Crítica, una historia de la Guerra compuesta de relatos de primera mano de unos 220 testimonios obtenidos entre 1973 y 1975 que recogían las más variadas condiciones sociales y afiliaciones políticas⁴¹.

Una minoría de los entrevistados en el libro de Fraser dio a conocer sus memorias o escribió libros con gran contenido memorial paralelamente o a continuación en las editoriales antes citadas (Manuel Cruells Pifarré, David Jato Miranda, Jaume Miravittles, Régulo Martínez Sánchez, Eduardo Pons Prades, Dionisio Ridruejo, Pedro Sainz Rodríguez, etc.). El objetivo de la mayoría de los editores ni llegó tan lejos ni tuvo las pretensiones científicas del historiador británico, pero tampoco se conformó con el simple interés en hacer hablar a sus entrevistados o autores. Algunas de esas obras ya habían sido publicadas en el exilio (tal el caso de Diego Abad de Santillán) e incluso en España durante la posguerra (por ejemplo, el falangista José María Fontana). Pero lo importante es observar cómo los editores, conscientes de la necesidad de llenar el vacío de la historia de la Guerra o desmitificar los lugares comunes de la memoria franquista, procedieron a un variado rescate de testimonios: desde la obra de intelectuales, periodistas y corresponsales extranjeros como Orwell, Ernst Hemingway e Ilya Ehrenburg (en el rescate de intelectuales extranjeros destacó especialmente la colección *Crónica General de España*, de Júcar, que se publicó entre 1976 y 1982), hasta memorias de militares del bando republicano como las de Vicente Rojo Lluch, Enrique Líster, Juan Modesto, Segismundo Casado, Francisco Ciutat de Miguel y Vicente Guarner, pasando por los presidentes de la República Niceto Alcalá Zamora y Manuel Azaña, testimonios de políticos franquistas y militares de la generación de la Guerra como Ramón Serrano Suñer, José María de Areilza y Emilio Mola, disidentes tempranos como Dionisio Ridruejo, Pedro Laín Entralgo y José María Gil Robles, y combatientes anónimos.

³⁹ Brenan, Gerald, “La guerra civil en Málaga” y “Queipo de Llano, ‘Estrella de la radio’”, (respectivamente, *El País*, 4 y 5 de mayo de 1976); Coverdale, John F., “La conquista de Málaga”, “Preparativos de la ofensiva de Guadalajara”, “Se ‘masca’ la derrota” y “El contrataque republicano” (respectivamente, *El País*, 10 de agosto de 1976, 12 de agosto de 1976, 15 de agosto de 1976, y 20 de agosto de 1976).

⁴⁰ También se pueden citar autores que fueron “niños de la Guerra” como Vicente Talón, Ricardo de la Cierva, José Luis Vila-San-Juan, Carlos Rojas, Rafael Abella y Jesús Salas Larrazábal.

⁴¹ Fraser, Ronald, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*. Barcelona, Crítica, 1979, 2 vols.

Esta última vertiente fue la que más cultivó el editor Gregorio del Toro Perdiguero con la colección de Memorias de la Guerra Civil, 1936-1939, lo que le valió un premio en 1976.

En el cine también se pueden hallar reflejos de esa pretensión desmitificadora y de rescate. El guionista y director José Luis García Sánchez señaló en una ocasión que la famosa *Canciones para después de una guerra* de Basilio Martín Patino, en la que él también tuvo parte –filmada entre 1970 y 1971 pero que no llegó a la gran pantalla hasta la segunda mitad de 1976– había sido pensada como un película “en familia” para “reconstruir el ambiente sonoro en el que se había desenvuelto nuestra infancia”⁴². Y el director de *Las largas vacaciones del 36* y *La vieja memoria*, Jaime Camino, nacido en 1936, declararía en una ocasión acerca de esta última –allí se recogen 14 testimonios del lado republicano y 5 del bando franquista– que “la realización de la película ha sido para mí una gran experiencia política [...] porque hizo que ahondase mucho más en el conocimiento de nuestra historia reciente y que, por tanto, mis propios criterios acerca de ella se han modificado y enriquecido”⁴³, un dato más que avala la relación existente entre memoria y nuevas generaciones.

Subrayemos finalmente que este interés en el rescate de testimonios directos no fue tampoco ajeno a los fenómenos de postmemoria. Aunque en esa difusión de la historia reciente hubo editores de la generación de la Guerra (Manuel Lara Hernández, Francesc Bruguera, Joan Grijalbo, etc.), la mayoría quienes alentaron estas iniciativas eran más jóvenes. En todo caso, todas ellas reflejaban un deseo de familiarizar a los españoles con un pasado cercano que se consideraba mal conocido y en el que la mayoría de ellos no había tomado

parte directa. Como escribió el historiador José Luis Abellán, nacido en 1933, al presentar su obra colectiva *El exilio español de 1939* (1976), “Hemos querido que los que no hicieron la guerra conozcan su pasado inmediato, es decir, las raíces y la continuidad de la cultura española”⁴⁴.

CONCLUSIÓN

Hablando del “olvido” durante los años de la Transición se ha afirmado que el interés cultural por el tema de la Guerra se limitó por aquel entonces a “textos académicos de escasa difusión”⁴⁵ en concordancia con una imperante “amnesia colectiva”⁴⁶. He aquí una tesis que debe ser replanteada a la luz de la investigación. Lo que recientes estudios están mostrando es que el recuerdo de la Guerra Civil tuvo una presencia muy notable en el terreno cultural en los años de la Transición, y que fue mucho más que una supuesta actividad minoritaria. No existe una explicación sencilla del porqué dicha inquietud no se trasladó al terreno de las “políticas de la memoria”; sin embargo, solo simplificando el tema en extremo puede afirmarse que los españoles de los años de la Transición ignoraron la Guerra Civil. El citado interés cultural se podría definir como un fenómeno asociado a la postmemoria que, dadas sus características formales, formó parte de la cultura de masas. No puede tenerse por minoritario un tema que estuvo presente en los catálogos de las más variadas editoriales –incluyendo las más importantes, que publicaron libros que llegaron a bestseller–, en diarios, magazines y revistas de divulgación histórica, además de en el cine. De hecho, la presencia de ese interés cultural no puede entenderse si se ve en la memoria una suerte de receptáculo pasivo y estático. Sólo estudiando dicha categoría como un fenómeno histórico, que se fija en multitud de espacios pero que también se transforma y adapta, es posible dilucidar el problema. En el presente texto hemos intentado mostrar que el

⁴² García Sánchez, José Luis, “Materiales para *Canciones para después de una guerra*”, en Aitor Yraola (comp.), *Historia Contemporánea de España y Cine*. Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 1997, p. 107.

⁴³ “‘La vieja memoria’ pretende levantar acta testimonial de guerra civil. Entrevista con su realizador, Jaime Camino”, *El País*, 13 de marzo de 1979. El proceso de filmación de esta película, en Crusells, Magi, *La guerra civil española: cine y propaganda*. Ariel, Barcelona, 2000, pág. 146-158.

⁴⁴ Citado en “Libros. Todo sobre el exilio”, *Opinión*, número 3, 23-29 de octubre 1976, p. 77.

⁴⁵ Citado por Erice, Francisco, *Guerras de la memoria y fantasmas del pasado. Usos y abusos de la memoria colectiva*. Oviedo, Eikasía, 2009, p. 357.

⁴⁶ Viçens Navarro, “Los costes de la desmemoria histórica”, *El País*, 16 de junio de 2001.

componente de identidad y distancia generacional jugaron un papel esencial en la forma en que los españoles recordaron y se interesaron por la Guerra Civil durante los años de la Transición, y que este hecho tuvo notables efectos en el mercado cultural.